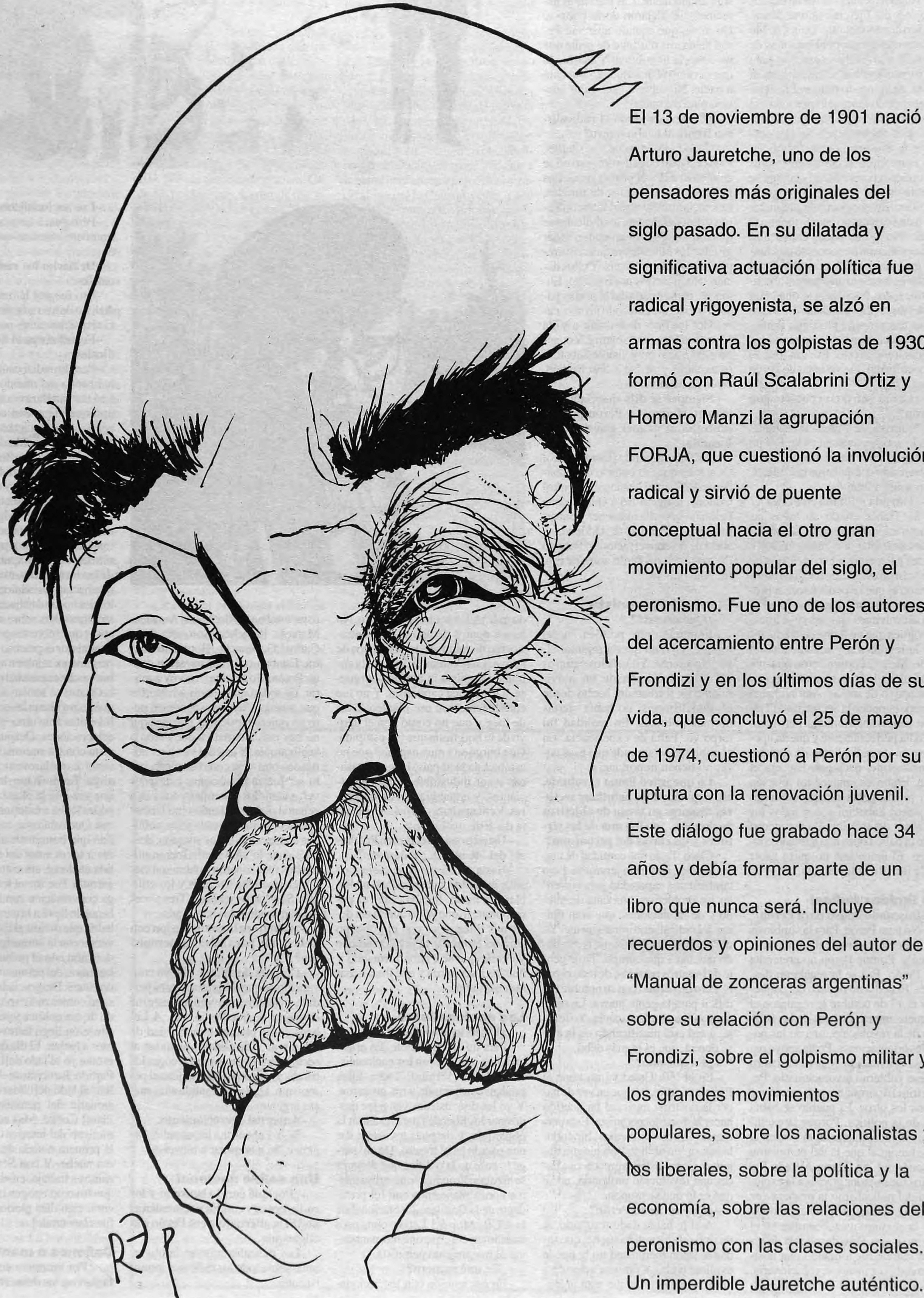
UN DIALOGO QUE SE MANTUVO INEDITO MAS DE TRES DECADAS

Jauretche cumple cien años



El 13 de noviembre de 1901 nació Arturo Jauretche, uno de los pensadores más originales del siglo pasado. En su dilatada y significativa actuación política fue radical yrigoyenista, se alzó en armas contra los golpistas de 1930, formó con Raúl Scalabrini Ortiz y Homero Manzi la agrupación FORJA, que cuestionó la involución radical y sirvió de puente conceptual hacia el otro gran movimiento popular del siglo, el peronismo. Fue uno de los autores del acercamiento entre Perón y Frondizi y en los últimos días de su vida, que concluyó el 25 de mayo de 1974, cuestionó a Perón por su ruptura con la renovación juvenil. Este diálogo fue grabado hace 34 años y debía formar parte de un libro que nunca será. Incluye recuerdos y opiniones del autor del "Manual de zonceras argentinas" sobre su relación con Perón y Frondizi, sobre el golpismo militar y los grandes movimientos populares, sobre los nacionalistas y los liberales, sobre la política y la economía, sobre las relaciones del peronismo con las clases sociales. Un imperdible Jauretche auténtico.

Por Horacio Verbitsky

–¿Cuándo oyó hablar por primera vez de Perón?

Arturo Jauretche: –En 1938 o 39. Homero Manzi era vecino de dos mayores del Ejército; uno se llamaba Sarmiento y el otro Quiroga. Me pidieron todas las publicaciones de FORJA y un paquete especial para un compañero que se encontraba en Italia, de agregado militar. Era el jefe, respetado y acatado por toda esa generación de oficiales con preocupaciones nacionales. Una vez, después de unas maniobras, los oficiales empezaron a contar aventuras amorosas, con el criterio con que se cuenta en una rueda de jóvenes divertidos. Entonces uno le preguntó: ¿Y usted capitán no cuenta ninguna? Y él: "No, yo no puedo contar ninguna porque no he conocido otra mujer que mi esposa", contestó. Y en vez de generar eso un pitorreo, al contrario, todos los oficiales quedaron molestos, como en deuda. Ese mozo debía tener mucho prestigio. Primero para decir lo que dijo, segundo por producir ese efecto. Ese era todo el conocimiento que yo tenía de Perón hasta 1943.

–¿Como entró en contacto con Perón?

–A través de Fernando Estrada, que lo acompañaba en todo. Era un militar retirado hacía muchos años. Habían sido compañeros de cadetes, eran amigos íntimos.

–¿Estrada militaba en FORJA?

–Sí. Había estado en todas las conspiraciones radicales. Cuando salimos de hablar con Perón fuimos a comer y llegamos a la conclusión de que si en la revolución había un hombre con el que se podía hacer el proceso que nosotros queríamos era Perón. Resolvimos apoyarlo y se inició la política que yo llamé de "radicalizar la revolución y revolucionar el radicalismo". Porque Perón no tenía el dominio de la revolución, Necesitaba apoyo de masas. Aún no había tomado tampoco la Secretaría de Trabajo. Empezaba a tomarla. Pero comprendía perfectamente y quería apoyarse en un radicalismo de carácter intransigente, nacional. Ese era el plan. Entonces empecé mi relación con [el dirigente radical cordobés Amadeo] Sabattini y con todos los hombres del interior. Yo me recorrí todo el país. Todos han hablado conmigo. El único que no quiso saber nada fue [Ricardo] Balbín.

La timidez radical

–Buscando apoyo para Perón.

–No para Perón. Para la simbiosis entre Perón y el radicalismo intransigente. Porque Perón no pretendía ser Perón. Esa se la regalaron después. El pedía un pedazo del paquete y el 17 de octubre le regalaron el paquete entero. Era una de las fuerzas de la revolución, una de las posibles orientaciones. Pedía apoyo para esa orientación, y para él dentro de ese gobierno revolucionario. Perón triunfó porque era más capaz que todos los otros. El pueblo se había ido de la política. Porque la exclusión del radicalismo en el '33, en el '34, fue igual que la del peronismo después del '55. Hasta Alfredo Palacios fue senador gracias a la exclusión del radicalismo la primera vez y gracias a la exclusión del peronismo la segunda vez. Siempre es el mismo juego. Pero después la dirección radical fue tomando una posición cada vez menos revolucionaria, más cercana al gobierno, y el radicalismo fue perdiendo fuerza emocional. Había participación del radicalismo en el gobierno y se había perdido todo ideario, toda línea ideológica. La línea yrigoyenista había sido abandonada. Las nuevas generaciones se alejaron de la política. De modo que cuando apareció Perón había una multitud de gente que no conocía la política. Y esa fue la que él captó. Tipos que no conocían a nadie. No sabían nada. Eran nuevos, nuevos, nuevos.

–¿Cómo reaccionó el radicalismo frente al hecho nuevo?

–Cuando yo empecé a visitarlos, todos estaban de acuerdo, pero no se animaban a dar el primer paso. Los radicales son enfermos de timidez. Los socialistas se arreglaban con Perón y después decían, los radicales se quieren arreglar. O un conservador gritaba: los radicales se quieren arreglar, esos sinvergüenzas. Y ellos decían: No, nosotros no. Ellos no. Entonces, nadie quería dar el primer paso. Yo viajé durante todo un año, casi todos los fines de semana, a Villa María a hablar con Sabattini. Y cuando eso se hizo muy visible Sabattini se expatrió y se fue a San Ramón, cerca de Montevideo.

–Siempre se dijo que Sabattini le negó el apoyo a Perón porque aspiraba al primer puesto de la fórmula.

–No. El general [Constantino] Quaranta, que era cuñado del presidente del Comité Nacional, [Jacinto] Oddone, le demostró a Oddone que Perón no se podía mantener y Sabattini, que era amigo de Oddone, se abrió de las conversaciones. Pero yo me disgusté con Perón antes de eso. En julio del '44.

El rejunte peronista

–¿Qué ocurrió?

–Empezaba otra política, la del rejunte, y yo no quería rejuntar sino seleccionar. Yo veía los peligros de descomposición de un movimiento en formación, hecho desde el oficialismo, si no había ciertas normas políticas. En realidad fui torpe yo. Falta de experiencia. En el gobierno se aprende que esas cosas no tienen importancia.

–Lo que usted llama el rejunte, esa capacidad de aglutinar sectores dispares en torno de objetivos nacionales, ¿no fue una de las virtudes y las claves del peronismo?

–Claro. Trajo una cantidad de males lógicos, gente sin jerarquía. Pero también una capacidad para enfrentar los problemas, una falta de miedo y de inhibiciones, que eran típicas del radicalismo intransigente. Yo me equivocaba. Perón me había dado una tarea que cumplí. Traje gente de los otros partidos, de todo el país. Pero un partido con su nombre era difícil para la gente nueva. Le restó simpatías en la clase media. Yo le dije, usted está masificando en la clase obrera, que es la más débil.

–¿En qué año?

–En el '50. Usted ya no tiene el Ejército, le dije. Porque en vez de hacer la doctrina nacional ha querido hacer la doctrina peronista. Está perdiendo las clases medias, hiriéndolas en su sensibilidad sin ningún objetivo. Como usted tampoco va a hacer una revolución proletaria, no sé qué es lo que se propone.

–¿Qué contestó Perón?

–A él le había dado resultado. A un tipo que ha tenido suerte, que todas le salen bien usted no le puede explicar nada. ¿Cómo va a decirle a un tipo que acierta que está jugando mal? A los hechos me remito. No buscó puntos de apoyo. Al contrario, fue disminuyendo sus puntos de apoyo. La revolución de él era la entrada del país a la política burguesa, a la política capitalista. Y no fue consecuente con ese planteo. Desde luego, que no contó con el apoyo de la burguesía que fue estúpida. Una burguesía muy especial que no estaba ligada al país. Los que pasaron a ser industriales eran comerciantes, y comerciantes de aventuras. Venían a hacer un palacio a Punta del Este o a Europa.

–Usted presidió el Banco Provincia del '46 al '50. ¿Y después?

–Hasta el '55 me pasé casi cinco años jugando al ajedrez. Para no hablar con nadie. Jugaba cada vez peor, porque lo que yo no quería era decir mis diferencias con el gobierno para no estimular la revolución que yo creía que se estaba formando y que iba a ser gorila y que iba a echar las cosas atrás.

Los nacionalistas

–¿Usted lo preveía?

–Para mí era inevitable. En el '54 tuve una reunión con los nacionalistas en lo de [Virgilio] Tedín. Ellos estaban conspirando y me invitaron. Y yo les dije: ustedes van a ser usados por los liberales para restaurar la oligarquía, y después les van a dar una patada en el trasero. De ahí surge la base de la política que después se hizo con Frondizi y que en esa misma época planeamos con [el presidente de la Convención Nacional de la UCR, Moisés] Lebensohn, para cuando cayera el peronismo, para salvar al movimiento peronista.

–¿De qué manera?

–En esa reunión con los nacionalistas estaban Tedín, Mario Amadeo, Marcelo [Sánchez Sorondo, Juan Carlos] Goyeneche, Bonifacio Lastra. Estaban en la conspiración contra Perón. Yo les dije: me voy a retirar, de modo que quiero advertirles que guardaré reserva sobre esto pero no quiero participar, porque aquí no hay más alternativa que Perón o la oligarquía. Y ustedes van a ser utilizados otra vez, como siempre, para ser fuerza de choque, y después van a venir los generales y los van a echar al diablo. Cuando vino Uriburu ustedes eran jóvenes y los políticos conservadores los sonaron; después cuando vino Perón fueron utilizados y los sonaron y ahora son viejos y vienen los liberales y los utilizan. Son tontos ustedes. Tres veces los han usado y los han tirado.

–¿Cómo era la combinación con Lebensohn para salvar al peronismo?

–Después de salir de ahí, ya convencido de que el Ejército estaba perdido y viendo el movimiento éste me di cuenta de que Perón caía. A Lebensohn le planteé la necesidad de dividir al radicalismo, levantar al sector intransigente para recoger las banderas que iba a dejar caídas el peronismo. Darles una salida a las masas argentinas.

–Antes del derrocamiento.

–Sí. Y Lebensohn lo entendió. Dijo que iba a empezar a moverse.

Una salida nacional

–¿Por qué con Lebensohn y los radicales sí, y con los nacionalistas no? Si la alternativa era Perón o la oligarquía...

–Los radicales no eran la oligarquía, sobre todo los radicales intransigentes.

–Los nacionalistas tampoco.

–Pero iban a ser usados como instrumento, mientras que los radicales no.

–De hecho los radicales fueron usados.

–Eso fue por la traición de Frondizi, no de los radicales. Fue Frondizi el que traicionó, no los radicales.

–Frondizi era el líder de los radicales.

–Pero Frondizi cambió. Nunca en la historia del mundo ha habido un tipo tan caradura como Frondizi, un tipo que viene con un programa y aplica al día siguiente el inverso. Yo había visto la caída de Perón como un evento fatal, inevitable, como consecuencia de la pérdida de los sectores de clase media, y sobre todo, de la eliminación de sectores neutrales. La hostilidad de la Iglesia, la clase media irritada, y la pérdida de prestigio en el Ejército, por los actos de obsecuencia, los cambios de nombre de las localidades, estas estupideces que hacían los adulones y los serviles. La hostilidad hacia el peronismo se formó más sobre estas pequeñas cosas que sobre las grandes. Yo que vi madurar el proceso de la caída del peronismo, también veía que no había mucha capacidad combativa, que las masas se habían acostumbrado a que les regalaran las cosas, creían que los éxitos eran una cosa de ritual, las celebraciones. Después de la entrevista con los nacionalistas, me convencí de que la revolución estaba próxima. También me di cuenta de que una vez que la oligarquía tomara el poder lo iba a exterminar al peronismo. Que había que encontrar una salida que permitiera al Ejército, que iba a ser el autor del hecho, una salida nacional, sin entregarse a la oligarquía. Ese fue el tema de una larga conversación con Lebensohn, en la que lo llevé a la convicción de que había que dividir al radicalismo y levantar con la intransigencia una bandera afín con el peronismo para que las masas del peronismo encontraran un cauce. Desgraciadamente Lebensohn comenzó a exponer el enunciado de esa política y se murió. En esa situación llegó la revolución y salimos a luchar. El día de la revolución estuve yo al lado de[l presidente del Partido Justicialista Alejandro] Leloir, al lado de[l líder del ala revolucionaria del peronismo John William] Cooke. Más aún, yo le di a[l ministro del interior Oscar] Albrieu la primera noticia de la revolución, esa noche. Y con Scalabrini empezamos a trabajar en el diario *El líder* que tuvo un apogeo que fue una locura, cien días gloriosos [hasta que fue clausurado].

Cañones o manteca

–¿Por entonces empezó su contacto con los desarrollistas?



Por Horacio Verbitsky

–¿Cuándo oyó hablar por primera vez de Perón?

Arturo Jauretche: –En 1938 o 39. Homero Manzi era vecino de dos mayores del Ejército; uno se llamaba Sarmiento y el otro Quiroga. Me pidieron todas las publicaciones de FORJA y un paquete especial para un compañero que se encontraba en Italia, de agregado militar. Era el jefe, respetado y acatado por toda esa generación de oficiales con preocupaciones nacionales. Una vez, después de unas maniobras, los oficiales empezaron a contar aventuras amorosas, con el criterio con que se cuenta en una rueda de jóvenes divertidos. Entonces uno le preguntó: ¿Y usted capitán no cuenta ninguna? Y él: "No, yo no puedo contar ninguna porque no he conocido otra mujer que mi esposa", contestó. Y en vez de generar eso un pitorreo, al contrario, todos los oficiales quedaron molestos, como en deuda. Ese mozo debía tener mucho prestigio. Primero para decir lo que dijo, segundo por producir ese efecto. Ese era todo el conocimiento que yo tenía de Perón hasta 1943.

–¿Como entró en contacto con Perón?

–A través de Fernando Estrada, que lo acompañaba en todo. Era un militar retirado hacía muchos años. Habían sido compañeros de cadetes, eran amigos íntimos.

–¿Estrada militaba en FORJA?

–Sí. Había estado en todas las conspiraciones radicales. Cuando salimos de hablar con Perón fuimos a comer y llegamos a la conclusión de que si en la revolución había un hombre con el que se podía hacer el proceso que nosotros queríamos era Perón. Resolvimos apoyarlo y se inició la política que yo llamé de "radicalizar la revolución y revolucionar el radicalismo". Porque Perón no tenía el dominio de la revolución. Necesitaba apoyo de masas. Aún no había tomado tampoco la Secretaría de Trabajo. Empezaba a tomarla. Pero comprendía perfectamente y quería apoyarse en un radicalismo de carácter intransigente, nacional. Ese era el plan. Entonces empecé mi relación con [el dirigente radical cordobés Amadeo] Sabattini y con todos los hombres del interior. Yo me recorrí todo el país. Todos han hablado conmigo. El único que no quiso saber nada fue [Ricardo] Balbín.

La timidez radical

–Buscando apoyo para Perón.

–No para Perón. Para la simbiosis entre Perón y el radicalismo intransigente. Porque Perón no pretendía ser Perón. Esa se la regalaron después. El pedía un pedazo del paquete y el 17 de octubre le regalaron el paquete entero. Era una de las fuerzas de la revolución, una de las posibles orientaciones. Pedía apoyo para esa orientación, y para él dentro de ese gobierno revolucionario. Perón triunfó porque era más capaz que todos los otros. El pueblo se había ido de la política. Porque la exclusión del radicalismo en el '33, en el '34, fue igual que la del peronismo después del '55. Hasta Alfredo Palacios fue senador gracias a la exclusión del radicalismo la primera vez y gracias a la exclusión del peronismo la segunda vez. Siempre es el mismo juego. Pero después la dirección radical fue tomando una posición cada vez menos revolucionaria, más cercana al gobierno, y el radicalismo fue perdiendo fuerza emocional. Había participación del radicalismo en el gobierno y se había perdido todo ideario, toda línea ideológica. La línea yrigoyenista había sido abandonada. Las nuevas generaciones se alejaron de la política. De modo que cuando apareció Perón había una multitud de gente que no conocía la política. Y esa fue la que él captó. Tipos que no conocían a nadie. No sabían nada. Eran nuevos, nuevos, nuevos.

–¿Cómo reaccionó el radicalismo frente al hecho nuevo?

–Cuando yo empecé a visitarlos, todos estaban de acuerdo, pero no se animaban a dar el primer paso. Los radicales son enfermos de timidez. Los socialistas se arreglaban con Perón y después decían, los radicales se quieren arreglar. O un conservador gritaba: los radicales se quieren arreglar, esos sinvergüenzas. Y ellos decían: No, nosotros no. Ellos no. Entonces, nadie quería dar el primer paso. Yo viajé durante todo un año, casi todos los fines de semana, a Villa María a hablar con Sabattini. Y cuando eso se hizo muy visible Sabattini se expatrió y se fue a San Ramón, cerca de Montevideo.

–Siempre se dijo que Sabattini le negó el apoyo a Perón porque aspiraba al primer puesto de la fórmula.

–No. El general [Constantino] Quaranta, que era cuñado del presidente del Comité Nacional, [Jacinto] Oddone, le demostró a Oddone que Perón no se podía mantener y Sabattini, que era amigo de Oddone, se abrió de las conversaciones. Pero yo me disgusté con Perón antes de eso. En julio del '44.

El rejunte peronista

–¿Qué ocurrió?

–Empezaba otra política, la del rejunte, y yo no quería rejuntar sino seleccionar. Yo veía los peligros de descomposición de un movimiento en formación, hecho desde el oficialismo, si no había ciertas normas políticas. En realidad fui torpe yo. Falta de experiencia. En el gobierno se aprende que esas cosas no tienen importancia.

–Lo que usted llama el rejunte, esa capacidad de aglutinar sectores dispares en torno de objetivos nacionales, ¿no fue una de las virtudes y las claves del peronismo?

–Claro. Trajo una cantidad de males lógicos, gente sin jerarquía. Pero también una capacidad para enfrentar los problemas, una falta de miedo y de inhibiciones, que eran típicas del radicalismo intransigente. Yo me equivocaba. Perón me había dado una tarea que cumplí. Traje gente de los otros partidos, de todo el país. Pero un partido con su nombre era difícil para la gente nueva. Le restó simpatías en la clase media. Yo le dije, usted está masificando en la clase obrera, que es la más débil.

–¿En qué año?

–En el '50. Usted ya no tiene el Ejército, le dije. Porque en vez de hacer la doctrina nacional ha querido hacer la doctrina peronista. Está perdiendo las clases medias, hiriéndolas en su sensibilidad sin ningún objetivo. Como usted tampoco va a hacer una revolución proletaria, no sé qué es lo que se propone.

–¿Qué contestó Perón?

–A él le había dado resultado. A un tipo que ha tenido suerte, que todas le salen bien usted no le puede explicar nada. ¿Cómo va a decirle a un tipo que acierta que está jugando mal? A los hechos me remito. No buscó puntos de apoyo. Al contrario, fue disminuyendo sus puntos de apoyo. La revolución de él era la entrada del país a la política burguesa, a la política capitalista. Y no fue consecuente con ese planteo. Desde luego, que no contó con el apoyo de la burguesía que fue estúpida. Una burguesía muy especial que no estaba ligada al país. Los que pasaron a ser industriales eran comerciantes, y comerciantes de aventuras. Venían a hacer un palacio a Punta del Este o a Europa.

–Usted presidió el Banco Provincia del '46 al '50. ¿Y después?

–Hasta el '55 me pasé casi cinco años jugando al ajedrez. Para no hablar con nadie. Jugaba cada vez peor, porque lo que yo no quería era decir mis diferencias con el gobierno para no estimular la revolución que yo creía que se estaba formando y que iba a ser gorila y que iba a echar las cosas atrás.

Los nacionalistas

–¿Usted lo preveía?

–Para mí era inevitable. En el '54 tuve una reunión con los nacionalistas en lo de [Virgilio] Tedín. Ellos estaban conspirando y me invitaron. Y yo les dije: ustedes van a ser usados por los liberales para restaurar la oligarquía, y después les van a dar una patada en el trasero. De ahí surge la base de la política que después se hizo con Frondizi y que en esa misma época planeamos con [el presidente de la Convención Nacional de la UCR, Moisés] Lebensohn, para cuando cayera el peronismo, para salvar al movimiento peronista.

–¿De qué manera?

–En esa reunión con los nacionalistas estaban Tedín, Mario Amadeo, Marcelo [Sánchez Sorondo, Juan Carlos] Goyeneche, Bonifacio Lastra. Estaban en la conspiración contra Perón. Yo les dije: me voy a retirar, de modo que quiero advertirles que guardaré reserva sobre esto pero no quiero participar, porque aquí no hay más alternativa que Perón o la oligarquía. Y ustedes van a ser utilizados otra vez, como siempre, para ser fuerza de choque, y después van a venir los generales y los van a echar al diablo. Cuando vino Uriburu ustedes eran jóvenes y los políticos conservadores los sonaron; después cuando vino Perón fueron utilizados y los sonaron y ahora son viejos y vienen los liberales y los utilizan. Son tontos ustedes. Tres veces los han usado y los han tirado.

–¿Cómo era la combinación con Lebensohn para salvar al peronismo?

–Después de salir de ahí, ya convencido de que el Ejército estaba perdido y viendo el movimiento éste me di cuenta de que Perón caía. A Lebensohn le planteé la necesidad de dividir al radicalismo, levantar al sector intransigente para recoger las banderas que iba a dejar caídas el peronismo. Darles una salida a las masas argentinas.

–Antes del derrocamiento.

–Sí. Y Lebensohn lo entendió. Dijo que iba a empezar a moverse.

Una salida nacional

–¿Por qué con Lebensohn y los radicales sí, y con los nacionalistas no? Si la alternativa era Perón o la oligarquía...

–Los radicales no eran la oligarquía, sobre todo los radicales intransigentes.

–Los nacionalistas tampoco.

–Pero iban a ser usados como instrumento, mientras que los radicales no.

–De hecho los radicales fueron usados.

–Eso fue por la traición de Frondizi, no de los radicales. Fue Frondizi el que traicionó, no los radicales.

–Frondizi era el líder de los radicales.

–Pero Frondizi cambió. Nunca en la historia del mundo ha habido un tipo tan caradura como Frondizi, un tipo que viene con un programa y aplica al día siguiente el inverso. Yo había visto la caída de Perón como un evento fatal, inevitable, como consecuencia de la pérdida de los sectores de clase media, y sobre todo, de la eliminación de sectores neutrales. La hostilidad de la Iglesia, la clase media irritada, y la pérdida de prestigio en el Ejército, por los actos de obsecuencia, los cambios de nombre de las localidades, estas estupideces que hacían los adulones y los serviles. La hostilidad hacia el peronismo se formó más sobre estas pequeñas cosas que sobre las grandes. Yo que vi madurar el proceso de la caída del peronismo, también veía que no había mucha capacidad combativa, que las masas se habían acostumbrado a que les regalaran las cosas, creían que los éxitos eran una cosa de ritual, las celebraciones. Después de la entrevista con los nacionalistas, me convencí de que la revolución estaba próxima. También me di cuenta de que una vez que la oligarquía tomara el poder lo iba a exterminar al peronismo. Que había que encontrar una salida que permitiera al Ejército, que iba a ser el autor del hecho, una salida nacional, sin entregarse a la oligarquía. Ese fue el tema de una larga conversación con Lebensohn, en la que lo llevé a la convicción de que había que dividir al radicalismo y levantar con la intransigencia una bandera afín con el peronismo para que las masas del peronismo encontraran un cauce. Desgraciadamente Lebensohn comenzó a exponer el enunciado de esa política y se murió. En esa situación llegó la revolución y salimos a luchar. El día de la revolución estuve yo al lado de[l presidente del Partido Justicialista Alejandro] Leloir, al lado de[l líder del ala revolucionaria del peronismo John William] Cooke. Más aún, yo le di a[l ministro del interior Oscar] Albrieu la primera noticia de la revolución, esa noche. Y con Scalabrini empezamos a trabajar en el diario *El líder* que tuvo un apogeo que fue una locura, cien días gloriosos [hasta que fue clausurado].

Cañones o manteca

–¿Por entonces empezó su contacto con los desarrollistas?

–En esos cinco años previos me había vinculado con [Rogelio] Frigerio, que estaba en ese tiempo en una posición pro peronista, pero poniéndole las tachas de que no había hecho la industria pesada primero. Teníamos unas discusiones terribles. Frigerio es un stalinista clavado. Yo le decía que eso de que la industria pesada es antes que la industria liviana es como quién es primero, si el huevo o la gallina. Que históricamente sea conveniente, sí. Pero no es compatible con la democracia. Porque más cañones y menos manteca lo pueden hacer Hitler o Stalin, pero ustedes quieren un régimen más o menos democrático, de libertades públicas e imponerle a la gente que se prive. Si Perón detiene la industria liviana para hacer la industria pesada provoca la caída del salario y la desocupación en el campo obrero. ¿Y en qué se apoya entonces? La irrealidad política de los planteos de Frigerio...

–Usted no estaba de acuerdo con que Perón se apoyara en forma excluyente en el campo obrero...

–No es eso. Lo excluyente era la propaganda. Se creaba un planteo de clases que no existía porque era una sociedad en ascenso. El hecho real es que el peronismo era la entrada de la Argentina en la etapa burguesa, pero lo presentaban como si fuera la entrada al socialismo. Las clases que entraban en la etapa burguesa lo hacían conscientes de que aspiraban a ser burguesas ellas también. La clase obrera de Perón no aspiraba a establecer la dictadura de clase sino a ascender. La propaganda tenía un tono que no correspondía a la realidad, por el afán de lesionar una cantidad de cosas que no había por qué lesionar, que forman parte de la mentalidad de la clase media. En una palabra: se unilateralizó la propaganda. El peronismo no lesionó a nadie. Vino un momento de ascenso económico del país y de ascenso de la burguesía en el que todos se beneficiaban: el obrero, el burgués, hasta el terrateniente. En realidad todos salieron más ricos. El caso más extraordinario es el de los conservadores de Salta. Eran diputados, jueces, tenían empleítos, conseguían un juzgado en Buenos Aires. Perón les quitó eso, en un momento en que crecía la demanda de todos los productos salteños, especialmente del tabaco. Surgía una demanda que hizo que los que se dedicaron a trabajar su propiedad se enriquecieran. A los cinco años no había aspirante a un empleíto que no tuviera tres o cuatro millones de pesos. La oligarquía salteña se enriqueció con Perón. Es una de esas paradojas políticas que tiene el país. Los que creen que la política se ajusta a las líneas sucintas económicas están muy equivocados. Una vez le dije a un amigo; yo no puedo entender a los conservadores de Mendoza y del norte, cuya prosperidad depende del mercado de consumo del litoral, es decir, de la riqueza de las clases pobres, y sin embargo se alían con las clases terratenientes, que quieren producir barato en el litoral. Es incomprensible que un bodeguero mendocino tenga interés en que la clase pobre del litoral, que es su mercado, siga pobre. Son sus consumidores de vino. Lo mismo con un tabacalero. Las pautas ideológicas están alteradas por las pautas de comportamiento social. La burguesía en vez de cumplir su función burguesa quiere imitar a la oligarquía. Por un burgués como Timerman que le pone un letrero que dice "Timerman" a su chalet en Punta del Este, hay cinco burgueses que le ponen "La casa de Anchorena" o cualquier cosa, con tal de que piensen que ellos son otros.

–Volviendo a las reuniones con Frigerio.

–Discutíamos siempre. Sobre todo esa cuestión de la industria pesada. Lo que no entendían era de política. En política hay que saber qué es lo que se puede hacer y lo que no se puede hacer. Y lo que se puede hacer, cómo se puede hacer. Un día Narciso Machinandiarena me plantea el problema de la revista *Qué*. La hermana la había sacado y estaba perdiendo 200, 300 mil pesos cada número. Cada día perdían más. La dirigía [Nicolás] Babini o Vicente Fatone. Esa revista se puede levantar, le digo. Está vacante la posición nacional. Todas las revistas son liberales y antiperonistas. Hay que hacer una publicación que no sea peronista pero que sostenga los temas más queridos del peronismo. Que sea un enfrentamiento a la situación actual. Bueno ¿y quién la hace?, me pregunta. Scalabrini y yo te la podemos hacer, pero hay que asegurarse de que no la clausuren, hay que buscar un hombre que tenga cierta influencia dentro de la revolución, estamos hablando a enero del '56. Tenés que tener un respaldo, a la primera arremetida que te lleven, que la defiendan. Hablaron con Frondizi, y se pusieron de acuerdo. Scalabrini y yo no podíamos dirigirla porque éramos peronistas. Y así salió director Frigerio, que todavía no lo conocía a Frondizi. Frigerio dirigía y Scalabrini y yo orientábamos. Esto habrá sido en febrero del '56. En marzo me crucé a Montevideo, porque la policía me buscaba.

–¿Ya había publicado el librito sobre el plan Prebisch?

–Sí, en enero. Desde Montevideo yo mandaba regularmente mis colaboraciones. Estaba Scalabrini y así se fue haciendo. Yo le planteé a Frigerio la misma política que le había planteado a Lebensohn. Ellos se la plantearon a Frondizi y Frondizi aceptó.

–Frondizi pretende reivindicar ahora un pasado no adverso al peronismo. Habría que releer el mensaje que firmó el 16 de junio de 1955...

–Desde luego yo no lo elegía a Frondizi. Yo seguía la misma lógica con que había fracasado en 1944. Siempre traté de hacer el enlace de Perón con el radicalismo intransigente. La muerte de Lebensohn dejó la cabeza a Frondizi. Había que apresurar la división del partido, en eso Frondizi cumplió, y en 1957 entré clandestinamente al país y empecé a visitar a la gente para arrimar peronistas al radicalismo en la Constituyente. Yo le advertí a Frondizi y a Frigerio que la Constituyente no la podíamos ganar. Que él no podía ser candidato a presidente si no lograba un millón de votos en la Constituyente, una base mínima. Pero no la podía ganar. Ibamos a hacer una política de fracaso con el voto en blanco, pero lo que yo le aseguraba era que en la elección presidencial no iba a haber voto en blanco. El peronista iba a votar.

–Y en la Constituyente sí se votaría en blanco.

–Claro, no se elegía gobernante, era una cosa formal. A pesar de estar advertidos se entusiasmaron con la campaña. Acostumbrados a encontrar siete oyentes, se encontraron con dos mil, se enloquecieron y creyeron que ganaban. Sufrieron un golpe terrible cuando perdieron la elección. Yo les dije que no, que habían hecho una buena elección. Ahora hay que conversar con Perón, no tenerlo de enemigo. Y le di a Frigerio una carta para Cooke, para que fuera suavizando las cosas con Perón. ¿Pero qué ocurrió? Cuando Frigerio en Chile se puso en contacto con Cooke lo conoció a Ramón Prieto, y desde ahí fue Prieto el que manejó la política. Esa es la verdad, Prieto fue el que hizo el pacto. Y estos estúpidos entra-

Un general colado en la revolución

–¿Qué participación tuvo FORJA en el golpe del 4 de junio de 1943?

–Lo supimos el día antes, por el coronel Pomar, el viejo Pomar. Nos pide colaboración. Nos organizamos y organizamos el único grupo civil que hubo en la revolución del '43, en el local de FORJA. Estuvimos toda la noche reuniendo gente y salimos con 300 hombres para ir a la Plaza del Congreso, que era el lugar que nos asignaron.

–¿Qué hicieron los 300?

–Nada ¿Qué íbamos a hacer? Estuvimos nomás. Anduvimos gritando. Durante todo el 3 de junio, Julio Irazusta me anduvo buscando, porque [el general Benjamín] Menéndez se iba a largar, y yo todo el día andaba evitándolo porque no quería decirle que había otra que era de veras. A la madrugada me fui a comer un bife a Edelweiss y los encuentro a los Irazusta. Entonces me empiezan a proponer. Yo le había pedido a la gente que estaba en el local nuestro que cuando tuviera noticias de que se había pronunciado Campo de Mayo me mandaran a avisar. Y a eso de las cuatro de la mañana llega uno y me hace señas de que ya se había largado. Entonces les digo a los Irazusta, bueno che, la revolución de ustedes ni siquiera está informada de que hay otra. Es muy gracioso. Ese mismo día nos habíamos citado con un mozo Oviedo, medio caudillo allá por el bajo del Riachuelo, para que viniera por la noche. Y Oviedo hablaba por teléfono pero no venía. No venía y no venía. Era porque estaba con nosotros y con los Bosch. También ellos tenían sus revolucioncitas.

–O sea que había tres en un solo día.

–No había nada. Las otras eran puras macanas.

–Eso de todos modos revela un clima.

–Ah sí. Oviedo a las ocho de la mañana decía que eran macanas y a esa hora ya se había peleado, ya había habido el tiroteo de la Escuela de Mecánica [del Ejército].

–¿A qué atribuye que en un mismo día hubiera una revolución real y dos en conversaciones

–Las otras dos se preparaban desde hacía mucho. Menéndez conspiraba prácticamente desde el 6 de setiembre [de 1930] y los Bosch lo mismo. Estaban siempre con la conspiración, aunque no tuvieran gente. Se habían ido agotando. Lo que pasa es que el militar una vez que se ha retirado va perdiendo... Primero pierde el mando que tenía. Después se convierte para los compañeros en un individuo derrotado que quiere la revancha. Y después se convierte en un desconocido que estorba. Un amigo molesto que compromete. En esa revolución hubo una cantidad de factores, por ejemplo la aparición de[l general Franklin] Rawson, que no tenía nada que hacer en la revolución. Rawson se coló.

–¿Cómo hace un general para colarse en una revolución?

–Por esa cuestión de los grados de los militares. Como era el de más alta graduación tomó el mando. Rawson constituyó su gabinete, totalmente conservador. El estaba para intervenir en la guerra [junto a los Aliados, contra Alemania]. Esa noche yo estuve con Rawson y con un oficial de caballería que me llevó. Y le dije: "Usted va a caer mañana". Después creía que yo era brujo. Pero ese idiota no se daba cuenta de que no hay necesidad de ser brujo. Simplemente saber que no tenía nada y que se había colado. [El general Pedro Pablo] Ramírez contaba con el apoyo del Comité Nacional [de la UCR], y su plan era más o menos el mismo de Rawson, con más moderación. Convocar a elecciones. Dentro de esa línea estaba el GOU, que tenía por jefe a Perón. Perón estaba en una línea nacional, pero democrática, popularista, populista mejor, y Enrique González, que estaba en la Secretaría de la Presidencia, estaba con los nacionalistas. Con Manzi estudiamos los hombres que aparecían en la cabecera. Y los conocimos simultáneamente.

–A González y a Perón.

–A González lo conocimos en la casa de Leopoldo Lugones hijo. Estuvimos conversando toda la noche. Lo dejamos a eso de las cuatro de la mañana y nos fuimos a tomar algo porque a las ocho teníamos una cita con Perón en el Ministerio de Guerra. A las 8 entramos con Perón y hablamos como dos horas. Eso fue un mes después de la revolución.

–En esos cinco años previos me había vinculado con [Rogelio] Frigerio, que estaba en ese tiempo en una posición pro peronista, pero poniéndole las tachas de que no había hecho la industria pesada primero. Teníamos unas discusiones terribles. Frigerio es un stalinista clavado. Yo le decía que eso de que la industria pesada es antes que la industria liviana es como quién es primero, si el huevo o la gallina. Que históricamente sea conveniente, sí. Pero no es compatible con la democracia. Porque más cañones y menos manteca lo pueden hacer Hitler o Stalin, pero ustedes quieren un régimen más o menos democrático, de libertades públicas e imponerle a la gente que se prive. Si Perón detiene la industria liviana para hacer la industria pesada provoca la caída del salario y la desocupación en el campo obrero. ¿Y en qué se apoya entonces? La irrealidad política de los planteos de Frigerio...

–Usted no estaba de acuerdo con que Perón se apoyara en forma excluyente en el campo obrero...

–No es eso. Lo excluyente era la propaganda. Se creaba un planteo de clases que no existía porque era una sociedad en ascenso. El hecho real es que el peronismo era la entrada de la Argentina en la etapa burguesa, pero lo presentaban como si fuera la entrada al socialismo. Las clases que entraban en la etapa burguesa lo hacían conscientes de que aspiraban a ser burguesas ellas también. La clase obrera de Perón no aspiraba a establecer la dictadura de clase sino a ascender. La propaganda tenía un tono que no correspondía a la realidad, por el afán de lesionar una cantidad de cosas que no había por qué lesionar, que forman parte de la mentalidad de la clase media. En una palabra: se unilateralizó la propaganda. El peronismo no lesionó a nadie. Vino un momento de ascenso económico del país y de ascenso de la burguesía en el que todos se beneficiaban: el obrero, el burgués, hasta el terrateniente. En realidad todos salieron más ricos. El caso más extraordinario es el de los conservadores de Salta. Eran diputados, jueces, tenían empleítos, conseguían un juzgado en Buenos Aires. Perón les quitó eso, en un momento en que crecía la demanda de todos los productos salteños, especialmente del tabaco. Surgía una demanda que hizo que los que se dedicaron a trabajar su propiedad se enriquecieran. A los cinco años no había aspirante a un empleíto que no tuviera tres o cuatro millones de pesos. La oligarquía salteña se enriqueció con Perón. Es una de esas paradojas políticas que tiene el país. Los que creen que la política se ajusta a las líneas sucintas económicas están muy equivocados. Una vez le dije a un amigo; yo no puedo entender a los conservadores de Mendoza y del norte, cuya prosperidad depende del mercado de consumo del litoral, es decir, de la riqueza de las clases pobres, y sin embargo se alían con las clases terratenientes, que quieren producir barato en el litoral. Es incomprensible que un bodeguero mendocino tenga interés en que la clase pobre del litoral, que es su mercado, siga pobre. Son sus consumidores de vino. Lo mismo con un tabacalero. Las pautas ideológicas están alteradas por las pautas de comportamiento social. La burguesía en vez de cumplir su función burguesa quiere imitar a la oligarquía. Por un burgués como Timerman que le pone un letrero que dice "Timerman" a su chalet en Punta del Este, hay cinco burgueses que le ponen "La casa de Anchorena" o cualquier cosa, con tal de que piensen que ellos son otros.

–Volviendo a las reuniones con Frigerio.

–Discutíamos siempre. Sobre todo esa cuestión de la industria pesada. Lo que no entendían era de política. En política hay que saber qué es lo que se puede hacer y lo que no se puede hacer. Y lo que se puede hacer, cómo se puede hacer. Un día Narciso Machinandiarena me plantea el problema de la revista *Qué*. La hermana la había sacado y estaba perdiendo 200, 300 mil pesos cada número. Cada día perdían más. La dirigía [Nicolás] Babini o Vicente Fatone. Esa revista se puede levantar, le digo. Está vacante la posición nacional. Todas las revistas son liberales y antiperonistas. Hay que hacer una publicación que no sea peronista pero que sostenga los temas más queridos del peronismo. Que sea un enfrentamiento a la situación actual. Bueno ¿y quién la hace?, me pregunta. Scalabrini y yo te la podemos hacer, pero hay que asegurarse de que no la clausuren, hay que buscar un hombre que tenga cierta influencia dentro de la revolución, estamos hablando a enero del '56. Tenés que tener un respaldo, a la primera arremetida que te lleven, que la defiendan. Hablaron con Frondizi, y se pusieron de acuerdo. Scalabrini y yo no podíamos dirigirla porque éramos peronistas. Y así salió director Frigerio, que todavía no lo conocía a Frondizi. Frigerio dirigía y Scalabrini y yo orientábamos. Esto habrá sido en febrero del '56. En marzo me crucé a Montevideo, porque la policía me buscaba.

–¿Ya había publicado el librito sobre el plan Prebisch?

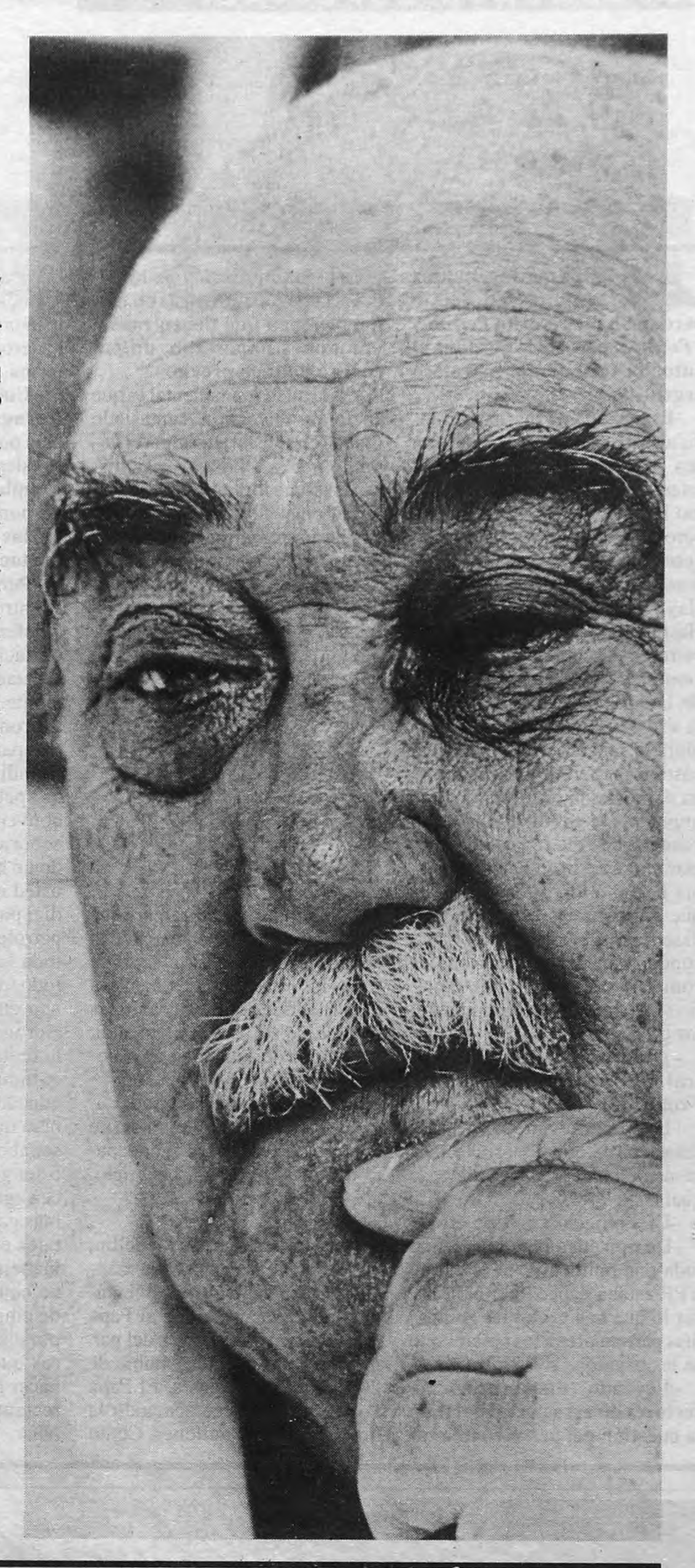
–Sí, en enero. Desde Montevideo yo mandaba regularmente mis colaboraciones. Estaba Scalabrini y así se fue haciendo. Yo le planteé a Frigerio la misma política que le había planteado a Lebensohn. Ellos se la plantearon a Frondizi y Frondizi aceptó.

–Frondizi pretende reivindicar ahora un pasado no adverso al peronismo. Habría que releer el mensaje que firmó el 16 de junio de 1955...

–Desde luego yo no lo elegí a Frondizi. Yo seguía la misma lógica con que había fracasado en 1944. Siempre traté de hacer el enlace de Perón con el radicalismo intransigente. La muerte de Lebensohn dejó la cabeza a Frondizi. Había que apresurar la división del partido, en eso Frondizi cumplió, y en 1957 entré clandestinamente al país y empecé a visitar a la gente para arrimar peronistas al radicalismo en la Constituyente. Yo le advertí a Frondizi y a Frigerio que la Constituyente no la podíamos ganar. Que él no podía ser candidato a presidente si no lograba un millón de votos en la Constituyente, una base mínima. Pero no la podía ganar. Ibamos a hacer una política de fracaso con el voto en blanco, pero lo que yo le aseguraba era que en la elección presidencial no iba a haber voto en blanco. El peronista iba a votar.

–Y en la Constituyente sí se votaría en blanco.

–Claro, no se elegía gobernante, era una cosa formal. A pesar de estar advertidos se entusiasmaron con la campaña. Acostumbrados a encontrar siete oyentes, se encontraron con dos mil, se enloquecieron y creyeron que ganaban. Sufrieron un golpe terrible cuando perdieron la elección. Yo les dije que no, que habían hecho una buena elección. Ahora hay que conversar con Perón, no tenerlo de enemigo. Y le di a Frigerio una carta para Cooke, para que fuera suavizando las cosas con Perón. ¿Pero qué ocurrió? Cuando Frigerio en Chile se puso en contacto con Cooke lo conoció a Ramón Prieto, y desde ahí fue Prieto el que manejó la política. Esa es la verdad, Prieto fue el que hizo el pacto. Y estos estúpidos entra-



Un general colado en la revolución

–¿Qué participación tuvo FORJA en el golpe del 4 de junio de 1943?

–Lo supimos el día antes, por el coronel Pomar, el viejo Pomar. Nos pide colaboración. Nos organizamos y organizamos el único grupo civil que hubo en la revolución del '43, en el local de FORJA. Estuvimos toda la noche reuniendo gente y salimos con 300 hombres para ir a la Plaza del Congreso, que era el lugar que nos asignaron.

–¿Qué hicieron los 300?

–Nada ¿Qué íbamos a hacer? Estuvimos nomás. Anduvimos gritando. Durante todo el 3 de junio, Julio Irazusta me anduvo buscando, porque [el general Benjamín] Menéndez se iba a largar, y yo todo el día andaba evitándolo porque no quería decirle que había otra que era de veras. A la madrugada me fui a comer un bife a Edelweiss y los encuentro a los Irazusta. Entonces me empiezan a proponer. Yo le había pedido a la gente que estaba en el local nuestro que cuando tuviera noticias de que se había pronunciado Campo de Mayo me mandaran a avisar. Y a eso de las cuatro de la mañana llega uno y me hace señas de que ya se había largado. Entonces les digo a los Irazusta, bueno che, la revolución de ustedes ni siquiera está informada de que hay otra. Es muy gracioso. Ese mismo día nos habíamos citado con un mozo Oviedo, medio caudillo allá por el bajo del Riachuelo, para que viniera por la noche. Y Oviedo hablaba por teléfono pero no venía. No venía y no venía. Era porque estaba con nosotros y con los Bosch. También ellos tenían sus revolucioncitas.

–O sea que había tres en un solo día.

–No había nada. Las otras eran puras macanas.

–Eso de todos modos revela un clima.

–Ah sí. Oviedo a las ocho de la mañana decía que eran macanas y a esa hora ya se había peleado, ya había habido el tiroteo de la Escuela de Mecánica [del Ejército].

–¿A qué atribuye que en un mismo día hubiera una revolución real y dos en conversaciones

–Las otras dos se preparaban desde hacía mucho. Menéndez conspiraba prácticamente desde el 6 de setiembre [de 1930] y los Bosch lo mismo. Estaban siempre con la conspiración, aunque no tuvieran gente. Se habían ido agotando. Lo que pasa es que el militar una vez que se ha retirado va perdiendo... Primero pierde el mando que tenía. Después se convierte para los compañeros en un individuo derrotado que quiere la revancha. Y después se convierte en un desconocido que estorba. Un amigo molesto que compromete. En esa revolución hubo una cantidad de factores, por ejemplo la aparición de[l general Franklin] Rawson, que no tenía nada que hacer en la revolución. Rawson se coló.

–¿Cómo hace un general para colarse en una revolución?

–Por esa cuestión de los grados de los militares. Como era el de más alta graduación tomó el mando. Rawson constituyó su gabinete, totalmente conservador. El estaba para intervenir en la guerra [junto a los Aliados, contra Alemania]. Esa noche yo estuve con Rawson y con un oficial de caballería que me llevó. Y le dije: "Usted va a caer mañana". Después creía que yo era brujo. Pero ese idiota no se daba cuenta de que no hay necesidad de ser brujo. Simplemente saber que no tenía nada y que se había colado. [El general Pedro Pablo] Ramírez contaba con el apoyo del Comité Nacional [de la UCR], y su plan era más o menos el mismo de Rawson, con más moderación. Convocar a elecciones. Dentro de esa línea estaba el GOU, que tenía por jefe a Perón. Perón estaba en una línea nacional, pero democrática, popularista, populista mejor, y Enrique González, que estaba en la Secretaría de la Presidencia, estaba con los nacionalistas. Con Manzi estudiamos los hombres que aparecían en la cabecera. Y los conocimos simultáneamente.

–A González y a Perón.

–A González lo conocimos en la casa de Leopoldo Lugones hijo. Estuvimos conversando toda la noche. Lo dejamos a eso de las cuatro de la mañana y nos fuimos a tomar algo porque a las ocho teníamos una cita con Perón en el Ministerio de Guerra. A las 8 entramos con Perón y hablamos como dos horas. Eso fue un mes después de la revolución.

Petróleo y política

–Frondizi me dijo una vez que el imperialismo le perdona haber escrito *Petróleo y Política*, pero no le perdona el autoabastecimiento petrolero argentino.

–Esa es una novela para dividir al imperialismo petrolífero en dos sectores, el exportador y el interno. Así que Standard Oil como importador es imperialismo, pero como explotador interno del petróleo argentino no es imperialismo. Eso es una barbaridad. Hay otro hecho fundamental. Hasta ese momento, la zona de petróleo descubierto y en condiciones de explotar era muy grande. Estaba todo el petróleo de Salta a la expectativa. Se había explorado mucho en Mendoza. Si hasta Frondizi YPF no puso eso en explotación, ese retardo será imputable a los liberales, pero Frondizi les dio a las empresas extranjeras esos trabajos que había hecho YPF. ¿Por qué había que darles todas esas zonas ya descubiertas, exploradas y en condiciones de producir a las compañías petrolíferas extranjeras? Además lo importante son los precios.

–¿Cuál sería su crítica central a la política petrolera de Frondizi?

–La primera es que se da de patadas con la que él sostuvo permanentemente y en función de la cual se lo votó.

–Una objeción de tipo ético.

–De tipo ético pero que define toda una política. Y la otra, que YPF estaba capacitado para hacer lo que han hecho las compañías particulares a los precios que se les pagaron.

–Leyendo documentos de sectores diversos, se advierte en la cuestión del petróleo una increíble manipulación de las cifras. Todos, estadísticas en mano, prueban que tienen razón. Por eso es importante un encuadre político previo.

–Para mí lo fundamental es que cualquier inversión demasiado grande en el país determina el dominio por la fuerza inversionista. Así como los ferrocarriles significaron el dominio de la política interna argentina por su poder de soborno, por su poder periodístico, por su poder de publicidad, las grandes empresas petroleras manejan los medios de opinión, manejan la política, tienen poder decisivo. Yo no quiero que haya ninguna cosa extranjera que tenga poder decisivo dentro de la economía del país. Es el caso de todos los países donde una masa demasiado poderosa de capitales maneja el país. Eso es elemental. Al margen del negocio está el negocio de ser o no ser Nación.

–Es una cuestión de poder.

–Y la mentalidad capitalista no concibe otra cosa que el poder para utilizarlo en lograr beneficio. ¿No oyó el cuento del Papa?

–No.

–Cuando estuvo en Medellín, el presidente de Coca Cola manda instrucciones a su representante para que consiga que el Papa diga la Coca Cola en vez del pan nuestro de cada día, a cambio de 20 millones de dólares. El Papa no acepta y van aumentando la oferta hasta 200 millones. Como el Papa no acepta el presidente de la Coca Cola se pregunta: ¿Cuánto habrán dado estos gallegos panaderos? Ellos no conciben otra forma.

–Cuando a Frondizi se lo interroga sobre las consecuencias políticas, económicas, culturales de la presencia de esas grandes compañías en el país, responde con otra pregunta: ¿Y las consecuencias de la importación?

–Pero la importación no está adentro, no es tan peligrosa. Va a defender el negocio de la importación, pero la otra está incrustada adentro permanentemente. Yo le llevé dos hombres a Frondizi para trabajar en su campaña. No han quedado con Frondizi sino con las compañías petroleras. ¿Quiere usted convencerse más del poder de soborno? ¿Usted cree que cuando un hombre empieza a recibir, usted cree que Frigerio y Frondizi pueden desprenderse de los petroleros? ¿Con qué han hecho toda la política, han manejado todo, viajan? ¿Con qué sobornan ellos a su vez? Lo que hicieron los ferrocarriles en escala la reducida, porque nuestra oligarquía era idiota y había sido educada para ser cipaya, de manera que recibía como un honor ser abogada de los ferrocarriles, o ser gestora, los yanquis lo hacen groseramente, les cuesta más caro. Una vez que los capitales extranjeros se introducen, manejan el país. Puede ser que no ocurra con determinado tipo de empresas. Con la Coca Cola por ejemplo, pero estos petroleros que están acostumbrados a hacer guerras, revoluciones, directamente toman el manejo del país.

ron para asegurarse las elecciones. Cuando Frigerio volvió de Caracas mandó a decir que la policía me buscaba, que me escondiera. Me tuvo como 15 días escondiéndome. Yo no sabía que había ido a Caracas. No me buscaban nada. Eran puras mentiras. Un día me di cuenta y salí...

–¿Usted se oponía al pacto?

–Sí, claro. Porque si se hacía el pacto iba a aparecer Frondizi como una expresión del peronismo y dejaba de servir como una salida entre el peronismo y el antiperonismo. Yo quería darle al Ejército una salida. Cuando me enteré del pacto les dije: ustedes no sólo me han traicionado a mí, también se han embromado ustedes, porque lo han reforzado a Aramburu. Aramburu con la prueba del pacto en la mano va a conseguir que el Ejército no entregue el poder. Entonces fueron a negociar con Aramburu la entrega del poder, dejándole el Ejército, sin modificar su composición. Además entraron también en los negocios con [el empresario petrolero] Holland. Pactaron con [el dirigente conservador Julio] Cueto Rúa, con la dirección económica. Yo exigía que el 1° de mayo se tomara el poder de veras.

–¿Hubiera sido posible?

–¿Usted sabe la fuerza que tenía el Presidente de la República el 1° de mayo? Sin riesgo nada es posible. Pero para quedar en manos del Ejército mejor era que lo echaran el 1° de mayo. ¿Usted cree que se atrevían a echarlo el 1° de mayo? Noooooo. Estaban aplastados totalmente por la derrota. Además contaban con los azules actuales para esa operación.

–¿En las conversaciones previas usted tenía asignada alguna función en el futuro gobierno?

–No. La condición era que no se nombrara a ningún peronista, porque no debía ser una vuelta del peronismo.

–El pacto se hizo sobre esos mismos lineamientos.

–Pero era con Perón...

–Porque Perón pensaba lo mismo que usted enuncia...

–...pero era con Perón. Si la gente hubiera votado sin la orden, la cosa hubiera cambiado totalmente.

–Frondizi no hubiera ganado.

–Sííííí, la gente votaba en masa.

–Esa es una hipótesis imposible de comprobar.

–Pero en política hay que jugar con hipótesis...

–Esta es una conjetura imposib...

–Conjetura, pero el precio fue muy caro para una cosa que iba a ocurrir sin pacto. Perón no se iba a quedar al margen.

–Una década más tarde es tan válido sostener que Frondizi ganaba sin pacto como que sin la orden no ganaba. No se puede saber.

–Ganaba igual. La gente no quería perder el voto. Perón hubiera dado la orden igual. Pero una cosa es que la diera espontáneamente y otra que la diera por un pacto, por un acuerdo. En ese momento yo conjeturaba así, puede ser que me equivocara. Yo estaba seguro. Ellos no y por eso hicieron el pacto.

–Cuando desapareció el apoyo de Perón desapareció la tranquilidad del gobierno, y en cuanto hubo elecciones desapareció el gobierno.

–La tranquilidad del gobierno se acabó porque de entrada no cumplieron ninguno de los compromisos que habían contraído. No con Perón, sino con el pueblo. Empezando con la política petrolífera, exactamente inversa a la que había sostenido Frondizi toda la vida y que era la que tenía puntos de contacto con la política nacional. De entrada defraudaron a los que los habían votado.

–Usted dice que Frigerio lo domina totalmente a Frondizi.

–Sí. Frondizi es un profesor. La última vez que hablé con él, cuando ya era presidente le dije: "Usted está en un palo enjabonado. No tiene capacidad de decisión. Otros obran por usted, Frigerio". Cuando yo vine de Montevideo, durante la campaña constituyente Frigerio andaba rezongando contra Frondizi, que era un gringo flojo que no servía para nada. Las últimas reticencias de Frondizi a Frigerio eran referentes a la Iglesia. Una vez que fue a misa ya no tuvo dificultad. Le quebró toda resistencia. El único punto en el que Frondizi se resistió era por su aspecto liberal. Le han dicho marxista, izquierdista. Pero no es más que un viejo liberal. Lo que más le costó fue vencer sus prevenciones contra el catolicismo. Le costó mucho más trabajo eso que cambiar de posición con el petróleo.